

había venido detrás de otras muchas revoluciones y trastornos, que habían conmovido toda aquella sociedad hondamente, y habían pervertido sus sentimientos, sus ideas y sus costumbres. Sintióse flaco, porque no era legítimo, para poner un dique á esta corrupción universal, y para levantar un muro contra aquel diluvio de errores, acometió empresas que le parecieron más fáciles. La empresa que acometió, fué la de restablecer el orden material, y la de dar impulso á los intereses materiales. Ningún príncipe, señores, ha sido más dichoso en sus empresas: á los pocos años, era rey pacífico de Francia, sin que turbase su sueño el más imperceptible rumor de las pasadas y ya vencidas insurrecciones. Pocos años después, el comercio, la industria, todos los intereses materiales tuvieron crecimientos inauditos. Entretanto, señores, su gobierno era un gobierno que tenía toda la confianza de la corona, que tenía la adhesión de los electores, tenía el apoyo de las Cámaras, tenía la obediencia de la fuerza pública, tenía, por fin, la simpatía y la amistad de todos los gabinetes de Europa.

Pero, señores, al propio tiempo que todas esas cosas pasaban en el orden material, paralelamente á este movimiento iba creciendo, levantándose, difundiéndose por todas partes el desorden moral, la corrupción que todo lo disuelve, y el error que todo lo envenena. Un día hubo en que estas dos fuerzas contrarias llegaron á la vez á su apogeo. Entonces, señores, se planteó por sí misma, sin que la planteara nadie, como la planteo yo aquí, se planteó, digo, por sí misma esa gran cuestión, siempre antigua, y siempre nueva, que consiste en averiguar si la sociedad está más segura y más fuerte cuando se apoya en el orden material ó en el orden moral, en la virtud ó en la industria. La Francia, señores, en mala hora, resolvió este problema en el sentido de la industria y en el sentido del orden en las calles: cada paso que daba en esta senda, era un paso que daba lejos de su Dios; y cada paso que daba lejos de su Dios, era un paso que daba hacia la boca del abismo. Dios la alcanzó cuando llegaba á su boca; Dios la alcanzó el 24 de

Febrero, el día de la grande liquidación, el día de los grandes anatemas. ¿Qué sucedió entonces, señores? ¿Qué sucedió? Que ese pueblo desvanecido con su poder, embriagado con su riqueza, loco con su industria, vió abismarse juntamente su industria, su poder y su riqueza en el gran diluvio republicano. Todo, señores, todo acabó allí; el gran pueblo y el gran rey: el obrero y su obra.

Vea el Congreso adonde van á parar las cosas cuando tan sólo se mira á los intereses materiales; los pueblos que les rinden culto, se quedan, señores, en la indigencia; se quedan sin nada: sin los morales, porque los rechazaron; sin los materiales, porque la revolución se les quitó.

Pues bien, señores, volved los ojos á esta nación sin ventura: ved los trances por donde ha pasado, el trance en que está y el trance que le aguarda.

La Reina legítima de España (y cuenta, señores, con esta palabra, porque esta palabra va á servir de acusación al ministerio), la reina de España fué declarada mayor de edad después de un gran levantamiento que había sucedido á grandes trastornos y á grandes revueltas: desde entonces acá, casi unos mismos hombres han gobernado esta nación; éstos se creyeron flacos, á pesar de que obraban en nombre de la legalidad, se creyeron flacos para atacar de frente la corrupción y la perversión de las ideas, fruto amargo de las revoluciones. ¿Qué se propusieron los ministros de la reina legítima de España? Desconfiaron de sí, como si no obraran en nombre del alto y poderoso prestigio de una Reina legítima; desconfiaron de sí, y no se propusieron otra cosa, sino sacar á salvo del naufragio universal el orden material y los intereses materiales. Y fuerza es confesar que en esto fueron también dichosos á su manera: en poco tiempo vencieron cuatro insurrecciones formidables: la de Galicia, la de Madrid, la de Sevilla y la de Cataluña.

Vencida la insurrección aquí como allá, una fiebre industrial y mercantil incendió nuestra sangre que, tanto como española, es sangre africana; el ministerio, en vez de comba-

tir este ataque de fiebre violenta, se dejó dominar él mismo por la furiosa calentura, y al tiempo mismo que recibía, propagaba el contagio. Entretanto la corrupción y el error fueron creciendo y propagándose lenta y calladamente. Hoy día, señores, todas esas cosas, corrupción, error, fiebre industrial, han llegado á su apogeo.

Ahora pregunto yo: ¿cuál será el desenlace? ¿Cuál será el fin? Yo no lo diré: que me falta el corazón y el ánimo para ello; pero ya lo adivinan sin duda con pavor los señores diputados. Una objeción, sin embargo, puede oponerse. En Francia, se dirá, había detrás del Trono falanges socialistas, y en España no las hay. Y ¿qué diríais, señores, si os asegurara yo (y ¡ojalá sea desmentido por la experiencia!), que el país del socialismo no es la Francia, sino España? No olvidemos, señores, que aquí, cuando manda un partido, no parece sino que él sólo vive, y que á ninguno de los demás se le encuentra por la calle; y, sin embargo, cuando el partido vencido sube al poder, parece que lo llena todo, que lo ocupa todo, que él solo vive en España; así no es extraño que no veamos á los socialistas; pero escuchad y meditaad sobre lo que voy á deciros.

El socialismo debe su existencia á un problema, humanamente hablando, insoluble. Se trata de averiguar cuál es el medio de regularizar en la sociedad la distribución más equitativa de la riqueza. Este es el problema que no ha resuelto ningún sistema de economía política. El sistema de los economistas políticos antiguos iba á parar al monopolio por medio de las restricciones. El sistema de los economistas políticos liberales va á parar al mismo monopolio por el camino de la libertad, por el camino de la libre concurrencia, que produce fatal é inevitablemente ese mismo monopolio. Por último, el sistema comunista va á parar al mismo monopolio por medio de la confiscación universal, depositando toda la riqueza pública en manos del Estado. Este problema, sin embargo, ha sido resuelto por el catolicismo. El catolicismo ha encontrado

su solución en la limosna. En vano se cansan los filósofos; en vano se afanan los socialistas; sin la limosna, sin la caridad, no hay, no puede haber distribución equitativa de la riqueza. Sólo Dios era digno de resolver ese problema, que es el problema de la humanidad y de la historia.

Después de la revolución de Febrero, los comunistas que se reunían en el Luxemburgo á las órdenes de Luis Blanc, con un instinto seguro, como lo tienen todos los partidos cuando se trata de sus negocios, pidieron un ministerio especial, que resolviera este problema inmenso; porque decían, y en esto no andaban errados: "Un problema tan grande necesita tener un ministerio especial que le resuelva." Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía, y ese ministerio no estaba vacante: ese ministerio venía desempeñándose diez y nueve siglos ha, por la Iglesia católica.

La Iglesia, señores, es admirable para todo; pero lo es principalmente para servir de medianera entre los pobres y los ricos, por participar de la naturaleza de los unos y de los otros: participa de la naturaleza de los pobres, porque no tiene nada suyo, y todo lo recibe por amor de Dios; participa de la naturaleza de los ricos, porque los ricos, en otras edades, por amor de Dios, se lo dieron todo. Y ¿qué cuenta ha dado la Iglesia de ese santo, de ese incomunicable ministerio? Juzgadlo vosotros por vosotros mismos, señores. En la gran clase menesterosa, hay una zona superior, una zona media y una zona ínfima; como en las clases superiores, hay una aristocracia, hay una clase media, hay una plebe; la aristocracia de la miseria está compuesta de colonos; la clase media, de obreros; la plebe de mendigos. Pues bien, la Iglesia dió á cada una lo que cada una necesitaba: á los colonos les dió tierras y los hizo propietarios; para los obreros sembró de monumentos la Europa; para los mendigos tuvo pan, y á ninguno dejó morir de hambre.

En donde más resplandeció la caridad de la Iglesia, fué, señores, en España. España ha sido una nación hecha por la

Iglesia, formada por la Iglesia para los pobres: los pobres han sido en España reyes. Los que eran colonos, tenían tierras perpetuamente con un censo ínfimo, y eran, en realidad, propietarios. Todas las fundaciones piadosas que había en España eran para los pobres. Los jornaleros tenían con qué dar pan á sus hijos con los jornales que ganaban en los gloriosos y espléndidos monumentos de que está llena la España. ¿Que mendigo no tenía un pedazo de pan, estando abierto un convento?

Pues bien, señores: la revolución ha venido á trastornar todas las cosas: con el despojo de la Iglesia subió la renta de la tierra; con la supresión del diezmo hubo una nueva y más alarmante subida. De esta manera, el movimiento de ascensión que imprimió el catolicismo á las clases menesterosas, ha sido convertido por la revolución en un movimiento contrario, en un movimiento descendente: los colonos, oprimidos por la renta enorme que pagan, pasan en tropel, de la clase á que pertenecen, á la clase media de los obreros. Los obreros á su vez, con el gran aluvión de colonos que les viene, van pasando continuamente á la plebe, compuesta de mendigos: los mendigos, por último, acaban sus días de miseria y de hambre. ¡Ved ahí, señores, por un lado, la obra de la revolución: por otro, la obra de la Iglesia!

Las cosas entre nosotros han venido hoy á punto que la sociedad, antes unida en unión santa y dichosa, está dividida en dos clases, de las cuales la una puede llamarse vencida y la otra vencedora; aquélla, que ha sido favorecida por la suerte, tiene por divisa y por lema: "Todo para los ricos." ¿Cómo queréis, señores, que esta tesis no engendre su antítesis, y que la clase vencida no exclame á su vez en son de guerra: "¡Todo para los pobres!" Hay, pues, señores, entre las clases de la sociedad (y el gobierno ni lo sospecha siquiera, ni lo ha estudiado siquiera, aunque tiene la obligación de estudiarlo y saberlo), hay, digo, entre todas las clases de la sociedad una guerra latente, que en el estado contagioso que tienen ciertas ideas

de Europa, llegará á ser á la primera ocasión una guerra declarada.

Yo, señores, á pesar de mi amistad, que es íntima, hacia los ministros de S. M., no he podido menos de declararme en disidencia con ellos, porque, señores, al punto de exageración á que están llevando su sistema de orden material y de intereses materiales, tengo para mí que se ha hecho inevitable una catástrofe, que ha de venir forzosamente, si es que no faltan aquí por primera vez las leyes eternas de la historia.

Yo no sé ni cómo vendrá ni cuándo vendrá; pero sé que Dios ha hecho la gangrena para la carne podrida y el cauterio para la carne gangrenada. El ministerio se encuentra todavía en tiempo de elegir entre dos caminos. Puede seguir el camino que hasta aquí, y entonces nada tengo que decirle, ó el que acabo de indicarle. Si acepta este último, por su fortuna y la nuestra, es necesario que haga todo lo que hasta aquí ha dejado de hacer, y que no haga todo lo que ha hecho; es necesario que se resuelva á oponerse con todas sus fuerzas á la corrupción; que la combata y que la venza, ó que sucumba; es necesario que no edifique teatros, siquiera hasta que ponga puntales á los templos que se desploman: es necesario que ponga orden y concierto en las rentas públicas. Pero es necesario también que el ministerio entienda que no basta eso; que es necesario sobre todo poner un freno á los apetitos, poner un freno á las concupiscencias.

Es necesario que si quiere la dictadura, la proclame y la pida, porque la dictadura, en circunstancias dadas, es un gobierno bueno, es un gobierno excelente, es un gobierno aceptable; pero, señores, que se pida, que se proclame, porque si no estaremos entre dos gobiernos á la vez: tendremos un gobierno de hecho, que será la dictadura, y otro de derecho, que será la libertad; situación, señores, la más intolerable de todas, porque la libertad, en vez de servir de escudo, sirve entonces de celada.

"Y no se diga, señores, que pido mucho: bien sé que es

„cosa dura exigir de un ministerio que, cuando la codicia se levanta y le dice:—“cómprame, que me vendo,”—responde:—“no te conozco,”—que cuando el espíritu de pandillaje y de intriga le dice:—“sígueme, que el Poder está en mis manos,”—quede inmóvil, cerrando sus oídos al canto de la sirena:—que cuando el miedo le dice:—“asústame, y me verás á tus plantas,”—no caiga en la tentación de dar un susto al medroso: que cuando todas las malas pasiones, por poco que sea complaciente, le ofrecen la dominación y el imperio, quite su imperio y su dominación á todas las malas pasiones. Sin duda, señores, esto sería mucho exigir si se exigiera al que ha nacido para obedecer, y está contento con no hacer sino aquello para que ha nacido; pero no es mucho exigir cuando se exige de los que aspiran á la honra alta, pero peligrosa, de ser gobernadores de los pueblos: la carga se proporcióna á la honra, y cuando ésta es altísima, justo es que aquélla sea no sólo peligrosa, sino grave: lo demás sería, señores, el mundo al revés. El ministerio público no es una sinecura: su nombre lo dice; es un servicio, y un servicio penoso. Gobernar no es ser servido; es servir: no es gozar; es remar, y vivir y morir, puesta la mano en el remo. A ese precio lo ha de ser el que quiera ser ministro, y sólo los que lo son á ese precio, lo son verdaderamente. ¿Cuántos ministros creéis que ha habido en esta época en España?—La *Gaceta* dice que muchos; y yo sostengo que ninguno: porque ser verdaderamente ministro, no es sólo recibir de la ley esta denominación; es además y sobre todo, ser aceptado como ministro por la historia. Pues bien; yo os digo que ninguno de los que lo han sido hasta aquí, será aceptado por la historia sin protesta.

„Uno creí yo que había nacido para más alto fin por sus grandes calidades; y porque lo creí, puse en él todas mis esperanzas y todas mis ilusiones; ilusiones y esperanzas que se han llevado los vientos. Todos adivináis, sin duda, que hablo del duque de Valencia. Voy á hablar de este personaje,

„señores, que bien lo merece, en vuestra presencia, con la reserva de un contemporáneo, pero con la imparcialidad de la historia. El duque de Valencia es un gran soldado y un hombre de grande entendimiento, servido unas veces, y otras mandado por grandes pasiones. El duque de Valencia alcanza á fuerza de inspiración y de genio lo que los otros no alcanzan á fuerza de estudio: esto es tan cierto, señores, que dudando yo muchas veces (perdonad, señores, á un hombre que es estudiaute toda la vida), dudando, digo, muchas veces si vosotros me entendéis, no se me ha ocurrido nunca dudar si me ha entendido el duque de Valencia. Y sin embargo, señores, siendo tan grande como es su entendimiento, es mucho mayor su actividad todavía; el duque de Valencia es un hombre que entiende, pero sobre todo, es un hombre que obra: ¿qué digo que obra?, es un hombre que no deja de obrar en ningún tiempo, ni cuando vela, ni cuando duerme: por un fenómeno menos extraordinario de lo que á primera vista pudiera pareceros, esa actividad, que es la que acelera su muerte, es la que le conserva la vida. Teniendo que andar su entendimiento al compás de su actividad, el duque le tiene prohibido que se pare, es decir, que reflexione; y le tiene mandado que improvise: el duque es, por consiguiente, un improvisador universal, y todo el que le interrumpe y le hace perder el hilo de su improvisación, es su enemigo. Por esto, su mayor enemigo es el tiempo, que resiste de una manera persistente y tenaz á todas sus improvisaciones. El duque dice, por ejemplo: “Que haya Marina,”; y el tiempo dice: “Para eso necesitas de mí, porque necesitas que haya Hacienda: para que haya Hacienda, es menester que la riqueza se aumente, y para que esto se verifique, es menester dejarme obrar á mí, que soy ministro de Dios, servido por otros ministros más poderosos que los de los reyes, que llevan por nombre los años.” El duque replica: “Ahora lo veremos,” y manda á la Marina que sea, y la Marina es. Pero la cuestión consiste en averiguar con qué se ha de mantener esa Marina, siendo

„evidente que nos hemos de quedar sin duque, sin Marina y  
„sin Hacienda. En otra ocasión, poniendo los ojos en un suje-  
„to que nadie conoce, pero que le sirve admirablemente por  
„cálculo ó por celo, se dice á sí propio: „¿Por qué no haría yo  
„de este sujeto un gran personaje?„ — el tiempo le responde:  
„por una razón muy sencilla: porque para eso, como para  
„todo, necesitas de mí; porque del que tú quieres hacer  
„un personaje, no he hecho yo más que un sujeto, sin haber-  
„me atrevido todavía á hacer de él una persona.„ — El duque,  
„sin embargo, no retrocede; toma á su sujeto, y le hace, digo  
„mal, le viste de personaje. La cuestión, sin embargo, lejos de  
„estar con esto resuelta, no está ni siquiera iniciada, porque  
„entonces sucede, que los que son personajes por obra de Dios,  
„y no por obra del duque, se quejan de que les ha robado sus  
„ropas para vestir á su sujeto; mientras que todos los sujetos de  
„la nación acuden á él diciéndole: „Si somos sujetos como ése,  
„¿por qué no hemos de vestir como él esas mismas vestid-  
„duras?„ — Y de aquí, señores, esas dos falanges con que tiene  
„el duque que combatir, una de odios y otra de concupis-  
„cencias. Yo sé que aun en esta situación halla recursos, y  
„que aun para este mal tiene remedios; porque la Europa se  
„engaña si cree que el duque es sólo ó principalmente un gran  
„capitán: el duque de Valencia es eso; pero es además, y,  
„sobre todo, el hombre más amaestrado de Europa en el deli-  
„cadísimo arte de las más delicadas seducciones: á mí me ha  
„seducido veinte veces con un saludo. En ese talento especiali-  
„simo y eminente es en el que confía para ir contentando, sin  
„saciarlas, á las concupiscencias, y para ir mitigando, sin  
„extinguirlos, los rencores. Pero aplazar las cuestiones no es  
„resolverlas, y todo el talento del Duque basta apenas para  
„aplazarlas: día vendrá, y ese día se viene á más andar, en  
„que cayendo sobre él todas juntas, le intimen la rendición ó  
„la muerte.„

„Esa actividad inquieta y devorante, ese estado de insu-  
„rrcción permanente contra la lentitud de los tiempos ha per-

„dido al duque de Valencia. Ni en España ni en Europa hay  
„una persona más convencida que él de que el orden material  
„es nada sin el orden moral, y de que el primero no es otra cosa  
„sino el plazo que da la Providencia á los gobernadores de los  
„pueblos para que restauren el segundo: ninguno está más per-  
„suadido que él de que los bienes que se llaman por mal nom-  
„bre positivos, es decir, los materiales, nada son si no van  
„juntos con la restauración de aquellos principios eternos que  
„son como los fundamentos de las sociedades humanas. Pero  
„esta restauración es lenta; tan lenta, que los hombres de Estado  
„de más larga vida y de más grande laboriosidad se ven re-  
„ducidos á escoger entre comenzarla, seguirla y acabarla,  
„pues ninguno la comienza, la sigue y la acaba por sí solo.  
„No parece sino que Dios ha querido mostrarnos por aquí que  
„esa hazaña es superior á la grandeza individual de los hom-  
„bres. Si el duque de Valencia hubiera podido conseguir esa  
„restauración con un decreto, ese hubiera sido el primero  
„(debo hacerle esta justicia) que hubiera propuesto á S. M. y  
„que hubiera enviado á la *Gaceta*. Pero en esto las improvi-  
„saciones son de todo punto imposibles: el hombre no hace  
„más que sembrar: Dios da después á lo sembrado la fecundi-  
„dad y el crecimiento. En los intereses materiales, aunque en  
„realidad no es mayor, se ve más la acción del hombre: por  
„eso seducen con una seducción irresistible al duque de Va-  
„lencia.„

„En suma, señores, del ministerio presidido por el duque  
„de Valencia, dirá la posteridad que es un ministerio funes-  
„to, presidido por un hombre eminente. Yo no soy, diciendo  
„esto, sino el representante de la conciencia humana, y el eco  
„anticipado de las generaciones futuras.„

„Señores, puede creerme el Congreso (porque si yo peco  
„de algo, es de demasiada franqueza), y pueden creerme los se-  
„ñores ministros: si yo me he levantado hoy, ha sido menos  
„por hacer una oposición de muerte al ministerio, que para sa-  
„tisfacer mi conciencia; para decir que yo no apruebo el siste-

ma que se sigue. Si me he levantado, señores ministros, ha sido para conteneros en el camino de perdición, y por el que nos vais empujando á todos y á la nación española.

Yo no sé, señores, si estaré solo; es posible que lo esté; pero solo y todo, mi conciencia me dice que soy fortísimo; no por lo que soy, señores diputados, sino por lo que represento. Porque yo no represento sólo á 200 ó 300 electores de mi distrito; ¿qué es un distrito? ¿Qué son 200 ó 300 electores? Yo no represento solamente á la nación: ¿qué es la nación española, ni ninguna otra, considerada en una sola generación, y en un sólo día de elecciones generales? Nada. Yo represento algo más que eso; represento mucho más que esto; yo represento la tradición, por la cual son lo que son las naciones en toda la dilatación de los siglos. Si mi voz tiene alguna autoridad, no es, señores, porque es mía; la tiene, porque es la voz de vuestros padres. Vuestros votos me son indiferentes. Yo no me he propuesto dirigirme á vuestras voluntades, que son las que votan, sino á vuestras conciencias, que son las que juzgan; yo no me he propuesto inclinar vuestras voluntades hacia mí; me he propuesto obligar vuestras conciencias á estimarme.

## CARTAS POLÍTICAS

ACERCA

DE LA SITUACIÓN DE PRUSIA EN 1849